- [en españa](#)
- [en el mundo](#)
- [culturas](#)
- [entrevista](#)
- [en candela](#)
- [editorial](#)
- [gente que amamos](#)
- [viñetas](#)
- [comunicados](#)
- [opinión](#)
- [Colaborar](#)
- [PORTADA](#)
- [EQUIPO EDITORIAL](#)
- [Colaborar»](#)
- [RSS](#)
- [Twitter](#)
- [Facebook](#)

## El final de la guerra, la última puñalada a la República, de Paul Preston

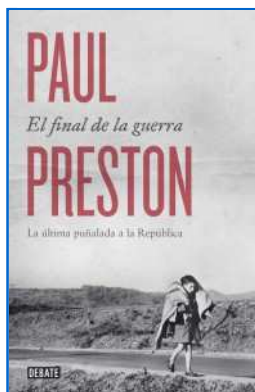
– 13 julio, 2015 Publicado en: [CULTURAS](#), [EN ESPAÑA](#)

Me gusta  Twitter

**María Rosa de Madariaga**

Historiadora. Consejo de Redacción de Crónica Popular

Más que una reseña al uso sobre la obra *El final de la guerra. La última puñalada a la República* ((Debate, 2014), del historiador británico Paul Preston, lo que damos en las páginas que siguen es un artículo en el que, por su elevado interés y el desconocimiento que todavía hoy se tiene sobre el tema, tratamos de reflejar los elementos esenciales que conformaron el golpe de Estado del coronel Segismundo Casado contra el Gobierno de la II República y la entrega de Madrid al general golpista Francisco Franco, el 5 de marzo de 1939. El libro de Paul Preston lo merece. Compuesto de doce capítulos y un Epílogo, se inicia con el capítulo titulado “Una tragedia innecesaria”, del que vale la pena transcribir el primer párrafo:



“Esta es la historia de una tragedia humanitaria evitable que costó muchos miles de vidas y arruinó decenas de miles más. Tiene numerosos protagonistas, pero se centra en tres individuos. El primero, el doctor Juan Negrín, víctima de lo que se podría llamar una conjura de necios, trató de impedirla. Los otros dos fueron responsables de lo acontecido. Uno, Julián Besteiro, actuó con ingenuidad culpable. El otro, Segismundo Casado, con una sorprendente combinación de cinismo, arrogancia y egoísmo”.

En efecto, la historia se centra sobre todo en estos tres hombres, de los que Preston traza un fino análisis psicológico. Pero hay otros muchos personajes que, como en las tragedias griegas, forman parte del coro. El relato empieza con el coronel Casado, al que Preston presenta como a un “eterno insatisfecho”, calificativos a los que habría que añadir los de “obseso anticomunista”, dos

Comercio Justo

**ESPAÑICA**

Economía Social y Solidaria

**SUPLEMENTO ESPECIAL**

Crónica Popular

Los crímenes del franquismo

Suplemento especial de 176 páginas

**POR SÓLO 6€**

+gastos de envío

Si te interesa adquirir un ejemplar puedes comunicárnoslo al siguiente correo electrónico: [info@cronicapopular.es](mailto:info@cronicapopular.es), indicando tu nombre y dirección postal.

Envía el precio del suplemento (6€) más los gastos de envío (4,50€), es decir, en total, 10,50€ a la cuenta ES36 0049 2680 45 2214303879. De esta forma, en cuanto se confirme que se ha recibido este envío se te mandará al domicilio postal que nos indiques.

**Lo puedes adquirir también en:**

<b>Sin tarima libros</b>	<b>La Fugitiva Librería café</b>
Calle de Príncipe, 12	Calle Santa Isabel, 7
28012 Madrid	28012 Madrid
Tel.: 91 420 37 65	Tel.: 91 468 24 53

características que bastan quizá para explicar su comportamiento casi al final de la guerra, cuando lanzó el 5 de marzo de 1939 un golpe militar contra el gobierno de Juan Negrín, con el argumento de que éste era una marioneta del Partido Comunista, y de que se preparaba un golpe de Estado para imponer una dictadura comunista sometida a la Unión Soviética. Así se producía al final de la guerra civil un escenario parecido al del comienzo, en el que los militares facciosos, como Franco y Mola, se alzaron contra el gobierno legítimamente constituido con el pretexto de que los comunistas preparaban un asalto al poder. Naturalmente, tanto en un caso como en el otro, estas acusaciones eran totalmente falsas. Como Preston demuestra a lo largo de las páginas de su libro, Negrín no era ni mucho menos una marioneta de los comunistas y la acusación de que se proponía encabezar personalmente un golpe comunista carecía totalmente de fundamento. Los testimonios del corresponsal de guerra estadounidense Herbert Matthews, que conocía bien a Negrín, y de Marcelino Pascua, gran amigo personal suyo desde siempre, expresaban una opinión sobre el líder socialista que contradecía totalmente esas acusaciones.

Según Matthews, Negrín veía que Rusia era la única nación que ayudaba a la España republicana y que los comunistas eran los mejores soldados y los más disciplinados, sin que eso significase ni mucho menos que estuviera a sus órdenes. Para Marcelino Pascua, el personaje político al que más admiraba Negrín era Clemenceau, jefe del gobierno francés durante la Primera Guerra Mundial, y el eslogan preferido de Negrín era el comentario de Clemenceau: "En la guerra como en la paz, los que tienen la última palabra son los que no se rinden jamás".

Cuando Casado, que era desde mayo de 1938 comandante del Ejército Republicano del Centro, lanzó su golpe, afirmaba que lo hacía para poner fin a una matanza cada vez más insensata, y porque estaba convencido de que podría obtener la clemencia de Franco para todos, excepto para los comunistas. Cuando adoptó en sus negociaciones con Franco la postura de que el conflicto estaba ya perdido para la República, mostró que no tenía nada que ofrecer a cambio. Totalmente ajeno a la realidad, e imbuido de una asombrosa fatuidad pensaba que podría convencer a Franco de que, por encima de las diferencias ideológicas, ambos pertenecían a la "gran familia militar". Pretender ponerse en el mismo plano que Franco, que contaba con el apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista, era un completo despropósito. Aunque la derrota de la República parecía estar próxima, era todavía posible pensar en un desenlace que permitiera la evacuación de los políticos y soldados que corrían mayor riesgo y ofreciese garantías a la población civil que dejaban a sus espaldas.

Preston cita las palabras que Negrín había comentado a Juan Simeón-Vidarte, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista: "La paz negociada, siempre; la rendición sin condiciones para que fusilen a medio millón de españoles, eso nunca". Y Ernst Hemingway resumía la postura de Negrín con que en una guerra nunca se puede reconocer, ni siquiera a uno mismo, que todo está perdido, ya que, si lo reconoces, te machacan. El que está siendo machacado, se niega a reconocerlo y sigue luchando, gana todas las batallas definitivas, a menos que lo maten, se muera de hambre o se vea privado de armas o traicionado. "Todas estas cosas le sucedieron al pueblo español. Muchos murieron, sucumbieron al hambre o fueron privados de armas o traicionados". Esta situación fue consecuencia de las acciones de Casado, que ocasionaron miles de muertos.

Aunque la derrota de la República era previsible, la revuelta de Casado contra el Gobierno de Negrín la precipitó al desencadenar en el Madrid asediado por las fuerzas franquistas una "mini guerra civil", en palabras de Preston, que costó la vida de dos mil personas y dio al traste con los planes de evacuación de miles de republicanos.

El resentimiento del coronel Casado

Para tratar de explicar la actitud de Casado, se dijo que era un agente británico, cosa que Preston no cree, aunque mantenía contacto con representantes diplomáticos británicos, que muy probablemente lo animaron en su iniciativa. En la breve semblanza que traza Preston de Casado y de su carrera castrense, nos explica que era hijo de militar- su padre era capitán de Infantería- y que a los quince años era ya cadete. Aparte de un corto periodo de ocho meses en Marruecos, Casado no tenía experiencia en el campo de batalla. Sin vínculos políticos, se sentía más bien próximo a Alcalá Zamora, de cuya guardia presidencial fue nombrado jefe. Ascendido a teniente coronel, fue jefe de operaciones del Estado Mayor cuando Largo Caballero se convirtió en presidente del Gobierno y ministro de la Guerra. La aspiración de Casado era la de ser jefe del Estado Mayor, pero cuando el cargo recayó en Vicente Rojo, Casado fue nombrado para el puesto de inspector general de Caballería. Según Preston, Casado nunca perdonó a Rojo el que hubiese sido preferido a él para el cargo, y abrigó desde entonces hacia Rojo y los comunistas un profundo resentimiento.

A pesar de que sus experiencias militares en Brunete en julio de 1938, y en Zaragoza, en octubre del mismo año, no fueron afortunadas, fue ascendido a coronel en 1938 y obtuvo el puesto de jefe, primero, del Ejército de Andalucía, y, después, del Ejército del Centro. El 25 de julio de 1938 mantenía una reunión cordial con la cúpula del PCE en Madrid, con el objetivo, por parte de los comunistas, de obtener la lealtad de Casado y del Ejército del Centro, en el momento en que las tropas republicanas cruzaban el Ebro. Si los comunistas dudaban de la lealtad de Casado a la República, Rojo abrigaba también dudas respecto de su competencia.

Casado era un personaje cuya forma de ser influía forzosamente en su comportamiento. Conocido por su "rectitud", "austeridad" y "estilo ascético de vida", era de carácter irascible, que le producía úlceras de estómago. Más bien mediocre como militar, sin razones para considerarse superior en nada a otros jefes, fue desarrollando un extraño sentimiento de suficiencia, como si estuviera llamado por la Providencia para acabar con la guerra. Las dudas sobre su fidelidad a la causa de la República iban en aumento. Fernando Rodríguez Mijangos, sobrino del general Mijangos y secretario privado suyo, abrigaba también dudas sobre Casado. Aunque lo consideraba "inteligente y muy buen técnico militar", era, a su juicio, "ambicioso, ególatra y teatral, de carácter agrio y amargado". Pensaba que poseía "un desmesurado afán de protagonismo, y gran proclividad a ser personaje central en cualquier escenario". Para él, Casado "vivió y actuó siempre en primera persona". Ni que decir tiene que estas características del personaje influyeron poderosamente en su comportamiento en relación con el desenlace de la guerra de España. Ambicionaba pasar a la historia como el hombre que había terminado con el conflicto bélico.

**COLABORACIÓN ECONÓMICA**

**HAZTE socio patrocinador**

mediante una aportación de  
**7 € al mes o 20 € al trimestre**

**Ayúdanos a:**

- Difundir la INFORMACIÓN silenciada
- Proporcionar argumentos para la REFLEXIÓN
- Mantener la INDEPENDENCIA
- Contribuir a la UNIDAD DE LA IZQUIERDA

**LA CRISIS DEL EURO**

charla debate con el historiador **Joan Tafalla**

**¿ES SIMILAR LA SITUACIÓN DE GRECIA A LA DEL ESTADO ESPAÑOL?**

Jueves **16 de julio a las 19 horas**  
en la **Biblioteca Francesc Candel**  
calle Amnistía Internacional, 10 - BCN

organiza:  
Coordinadora laboral y Mov. Pacifista la Marina-27  
Plataforma Por la Salida del EURO

**MAREA**

**EMBAJADA DE NICARAGUA ATENEO DE MADRID**

**EN CAMPAÑAS DE BUENA ESPERANZA!**

**36 ANIVERSARIO DE LA VICTORIA DEL PUEBLO NICARAGÜENSE:**  
**PAZ, DIGNIDAD Y LUCHANDO CONTRA LA POBREZA**

ACTO CONMEMORATIVO DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN POPULAR SANDINISTA PRESIDIDO POR:  
SR. D. ENRIQUE TIERRA PÉREZ - RELAJÓ, PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO DEL ATENEO Y SRA. DA. VERÓNICA ROSAS BERRIOS VICEMINISTRA DE RELACIONES EXTERIORES Y EMBAJADORA DE NICARAGUA EN ESPAÑA.

PROYECCIÓN DEL DOCUMENTAL UTOPIA 79:

**COLOQUIO FINAL**

Fecha: Miércoles, 22 de julio de 2015  
Hora: 19:00 hrs.  
Lugar: Salón de Actos  
Almuerzo: C/ Del Prado, Nº 21 Madrid

Con la colaboración de Alianza Hispánica

**JULIO 2015**

**La Verdad de Venezuela**

Latinoamérica y el Caribe

Quien mejor lo describe quizá sea Vicente Rojo, que lo conocía bien como profesional y como persona: “Casado es un hombre de frases. Casado ni sirve ni ha servido nunca al pueblo. Es el militar más político y más avieso y medroso de cuantos profesionales servían a la República”. La opinión de Dolores Ibárruri era, por supuesto, todavía más acerba: “Es difícil imaginarse una almaña más cobarde y escurrizada que el coronel Segismundo Casado”. Esta animosidad de Dolores Ibárruri es, como bien dice Preston, comprensible, dado que los comunistas figuraban entre las primeras víctimas del golpe casadista. El mesiánico coronel “salvapatrias” creía que iba a poder conseguir la clemencia de Franco para todos los españoles republicanos, excepto para los comunistas, claro. A éstos no lo solo no le importaba un comino que Franco los exterminara, sino que uno de los objetivos principales de su golpe, era precisamente éste: la exterminación física de los comunistas.

Mientras Negrín realizaba un gran esfuerzo para seguir resistiendo con vistas a una improbable victoria, pero sí a un posible acuerdo honorable, Casado empezaba a preparar su plan de colaboración con las redes de espionaje franquistas y la Quinta Columna de Madrid. Y lo más sorprendente es que su plan encontrara apoyo en un intelectual socialista de prestigio, Julián Besteiro, catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid. Apoyaban también esta conspiración líderes anarquistas como Cipriano Mera, y el dirigente de la UGT Wenceslao Carrillo (padre del dirigente comunista Santiago Carrillo), quienes para oponerse a Negrín, constituyeron el Consejo Nacional de Defensa, presidido por el general José Miaja. Concibieron su plan en la creencia de que los contactos de Besteiro con la Quinta Columna en Madrid y los de Casado con el servicio secreto franquista facilitarían la negociación con Franco. Casado justificó posteriormente su acción con que le causaba indignación que “Negrín y los comunistas” hablaran de resistencia hasta el final cuando la escasez de alimentos y de material la hacían imposible. Casado ignoraba los grandes esfuerzos que realizaba en aquel momento Negrín para conseguir por la vía diplomática una paz negociada con suficientes garantías ante los temores de represalias por parte de Franco. Parecía también ignorar que la resistencia de Negrín era la moneda de cambio necesaria para lograr un acuerdo de paz con Franco.

Besteiro, incapaz de entender las grandes batallas políticas

Preston analiza los diversos motivos de la intervención de Besteiro, entre otros su rechazo a la violencia durante la represión sufrida después de la huelga de 1917. Besteiro fue de los que rechazó la afiliación del PSOE a la III Internacional, y después de pasar una temporada en Inglaterra en 1924, su contacto con los sindicatos británicos le afianzó en sus posiciones reformistas. Como presidente del PSOE y de la UGT fue partidario de apoyar la oferta de colaboración con la dictadura del general Primo de Rivera, mientras que en 1930 se opuso a la participación de los socialistas en el amplio frente de oposición plasmado en el Pacto de San Sebastián y, posteriormente, a su participación en el Gobierno de la República. En febrero de 1931 tuvo que dimitir de sus cargos de presidente del partido y del sindicato, por estar en minoría en su partido. A partir de ese momento, empezaron a darle de lado. Como presidente de las Cortes de 1931 a 1933 mostró en más de una ocasión posiciones hostiles hacia diputados de su propio partido. Las posturas cada vez más radicales de los militantes de base del PSOE y de la UGT se alejaban cada vez más de las sostenidas por Besteiro. La incapacidad de Besteiro para comprender la amenaza del fascismo auguraba su visión optimista sobre el comportamiento de Franco al final de la guerra civil. Para muchos miembros del PSOE, Besteiro era incapaz de entender las grandes batallas políticas de la época.

Sin embargo, rechazó desde el inicio de la guerra las numerosas oportunidades que tuvo de partir a un exilio seguro. Siguió trabajando en la Universidad y, en octubre de 1936, fue elegido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Al mismo tiempo, cumplía debidamente su cargo de concejal del ayuntamiento de Madrid, para el que había salido elegido el 12 de abril de 1931. EN 1917 POR PRIMERA VEZ. Besteiro nunca ocultó desde el principio su descabellado empeño en llegar a un acuerdo de paz. En mayo de 1937 el Gobierno de Largo Caballero fue sustituido por el de Negrín y parecía que el ala más radical del PSOE quedaba marginada frente a tendencias más reformistas. Sin embargo, la resistencia de los elementos de la CNT-FAI y del POUM, apoyados por los partidarios de Largo Caballero, a renunciar a su “revolución”, y el retroceso de las fuerzas leales a la República con la pérdida del Norte y de Teruel y la partición del territorio que controlaba la República en dos, exasperaron a Besteiro y contribuyeron a intensificar su resentimiento, focalizado cada vez más en Negrín y en los comunistas, a los que atribuía todos los males que se cernían sobre España.

El empeinamiento de Negrín en seguir luchando hasta alcanzar la victoria y el que no diera la menor importancia a sus iniciativas de buscar la mediación británica para un acuerdo de paz, aprovechando su viaje a Londres para asistir, como representante del Gobierno español, a la coronación de Jorge VI, el 12 de mayo de 1937, irritaron profundamente a Besteiro, que tomaba la actitud de Negrín hacia él como un insulto. Besteiro se creía llamado a desempeñar un papel fundamental en la consecución de un acuerdo de paz con Franco, y, como era bastante suspicaz, se sentía disminuido y menospreciado, lo que difícilmente podía digerir.

Si al principio la actitud crítica de Besteiro con el Gobierno republicano desconcertaba a muchos militantes socialistas, la dimisión de Largo Caballero en mayo de 1937 generó en el PSOE de Madrid y en parte de la UGT un profundo sentimiento anticomunista, que la destitución en abril de 1938 de Prieto como ministro de la Guerra contribuiría a aumentar aún más.

La contribución del PCE a la supervivencia de la II República

Como bien señala Preston, tanto Besteiro como Prieto se negaban a reconocer la enorme contribución del Partido Comunista a la supervivencia de la República. El Ejército Popular constituido por iniciativa del PCE fue un elemento clave en este sentido. A finales de 1937, un 60% de los militantes del PCE formaban parte del Ejército Popular, unos 50.000 habían sido apresados por los franquistas después de las caídas de Málaga, Santander y Asturias, en febrero, agosto y octubre de 1937, respectivamente, y otros 20.000 habían desaparecido en la batalla del Ebro, entre julio y noviembre de 1938, y durante la defensa de Cataluña, entre diciembre de 1938 y enero de 1939. El PCE había realizado, pues, un esfuerzo gigantesco en defensa de la República, con miles de militantes muertos, heridos de gravedad, desaparecidos o presos de los franquistas. A propósito de

#### • crónica popular en facebook





la resistencia en la zona centro-sur, el general Rojo remitía a Negrín el 18 de febrero de 1939 una carta, en la que decía lo siguiente respecto del PCE: *“No necesito decirle que de todos los partidos políticos ha sido y es el único que tiene mis simpatías. Creo que cometen un gran error, incluso asumiendo ellos la responsabilidad general de los mandos y de la dirección de esta fase de la lucha, porque van a hacer que se concentren aún más los esfuerzos del adversario y de todos los países y van a lograr que quede definitivamente aplastado su partido, el único relativamente sano en nuestra organización política”*.

Con el golpe de Estado del coronel Casado del 5 de marzo de 1939, se producía al final de la guerra civil un escenario parecido al del comienzo, en el que los militares facciosos, como Franco y Mola, se alzaron contra el gobierno legítimamente constituido con el pretexto de que los comunistas preparaban un asalto al poder.

Era evidente y la preponderancia comunista en las fuerzas armadas molestaba profundamente a los anarquistas, para quienes el esfuerzo bélico frenaba sus planes “revolucionarios”. En circunstancias como aquellas los comunistas pensaban con razón que para ser eficaces en la lucha era preciso observar una disciplina de hierro, lo que no se compadecía con las concepciones libertarias de rechazar la disciplina militar. Entre comunistas y anarquistas existía una marcada hostilidad en el ejército. Los segundos acusaban a los primeros de aspirar a tener el monopolio del poder y querer eliminarlos cuando se negaban a obedecer sus órdenes. Con espíritu vengativo, en Levante se confeccionaron listas de comunistas en las unidades militares, que se convirtieron en objetivos después del golpe de Casado. Con todo, para Preston, la influencia comunista en las fuerzas armadas era muy inferior a la que les atribuían los anarquistas.

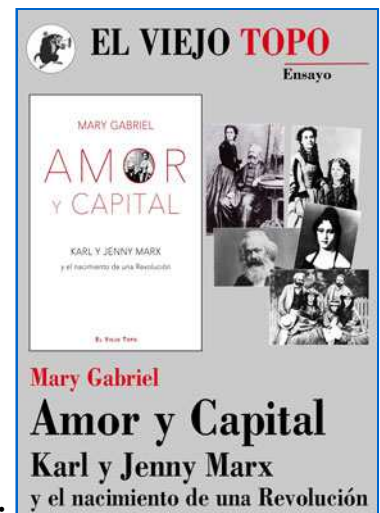
Después de su regreso de Londres, tras asistir a la coronación de Jorge VI, Besteiro, ignorando totalmente la necesidad de la República de defenderse militarmente, adoptó una postura cada vez más anticomunista y “proporcionalmente menos hostil a los franquistas”. Su obsesión tenía por blanco principal a Negrín, a quien acusaba de comunista. Pero este anticomunismo era compartido cada vez más por otros miembros del PSOE, como Prieto y Largo Caballero, con lo que Negrín, demasiado concentrado en mejorar, como presidente del Consejo, la situación de la República a nivel internacional, y en dirigir, como ministro de la Guerra, el esfuerzo bélico, no disponía del tiempo necesario para contrarrestar el efecto nefasto del anticomunismo cada vez más extendido y que, en muchos casos, se antepone a la máxima prioridad, que era la defensa de la República. A fin de cuentas, el anticomunismo de anarquistas y de amplios sectores del PSOE contribuyó a sembrar la división, el desaliento y el derrotismo.

Preston señala atinadamente, a mi juicio, que la hostilidad de Besteiro al comunismo, escondía, en realidad, una falta de entusiasmo hacia la causa de la República. En el consejo de guerra franquista contra Besteiro, su abogado defensor alegó en su favor que el acusado había aprovechado su cargo de decano para proteger a varios falangistas de la Universidad a lo largo de 1937. Este gesto humanitario de Besteiro de proteger a los que tenían ideas distintas de las suyas sería loable y digno de alabanza si su intervención en favor de estas personas se limitara a salvarles la vida y no le hubieran servido de intermediarios para tomar contacto con la Quinta Columna clandestina de Madrid. Uno de esos compañeros de Universidad, Antonio Luna García, dirigía desde septiembre de 1937 en la capital la Quinta Columna, conocida como “Organización Antonio”, que había sido creada a finales de 1936 por el capitán José López Palazón. En la declaración ante el tribunal militar, Luna García manifestó, en favor de Besteiro, que le había sorprendido la vehemencia con la que éste criticaba al Gobierno de la República. En este orden de ideas, no es de extrañar que en su informe al Gobierno franquista de Burgos en 1937, Luna García presentara a Besteiro como “un posible objetivo de la Quinta Columna”. La organización clandestina de la Falange ordenaba a Luna en abril de 1938 que intentara convencer a Besteiro de que no se limitara a negarse a trabajar con el Gobierno, sino que fuera más allá y tratara de poner fin a la guerra. Cuando la ofensiva franquista desde Aragón llegó hasta el Mediterráneo y dividió en dos el territorio de la República, dejando la zona central incomunicada del Gobierno de Valencia, Besteiro accedió por fin, a partir del verano de 1938, a presionar para que le permitieran formar un Gobierno, como primer paso para iniciar conversaciones de paz con Franco.

Los contactos de Besteiro y Casado con la Quinta Columna

La postura de Besteiro coincidía con la de Casado, con quien Antonio Bouthelier España, destacado falangista de la Quinta Columna de Madrid, había contactado en el verano de 1938, poco después del nombramiento de Casado para el mando del ejército del Centro. El servicio de espionaje franquista estaba al corriente del anticomunismo de Casado, cuyo hermano el teniente coronel Cesár Casado era miembro de la Quinta Columna, y a Bouthelier se le encomendó la misión de proponer a Casado que sirviera de espía para los franquistas. No accedió de inmediato, pero tampoco informó de ello al SIM (Servicio de Información Militar), es decir, el cuerpo de seguridad de la República, para que investigara a Bouthelier. Aunque al SIM no se le habían escapado, por supuesto, estos contactos de Casado, no emprendió acciones contra él, dadas las buenas relaciones que el coronel mantenía con miembros de este Cuerpo. Los contactos con simpatizantes de los franquistas en el ejército republicano eran controlados por el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), dirigido dentro del Estado Mayor de Franco por el coronel José Ungría Jiménez, una de cuyas figuras clave, el teniente coronel José Centaño de la Paz, ayudante de Casado, mantenía contacto radiofónico permanente con el cuartel general de Franco en Burgos.

A finales de enero de 1939 el grupo de Antonio Luna reunió a Besteiro y a Casado para examinar los planes destinados a derrocar a Negrín. Todo inducía al SIM a considerar a Casado una persona susceptible de serles útil. Casado había mantenido el 8 de diciembre de 1938 en Madrid contactos con el diplomático británico Ralph Stevenson, con quien había tratado del deseo de Londres de terminar con el conflicto de España. Casado, además, según su concepción tradicional del Ejército, se propuso debilitar el cuerpo de comisarios políticos, creado al poco de estallar el conflicto para mantener la moral de la tropa y explicarles los objetivos políticos de la guerra. Estos comisarios tenían el mismo rango que el jefe de la unidad donde servían, lo que molestaba a la mayoría de los oficiales profesionales, sobre todo cuando los comisarios se permitían cuestionar a veces decisiones militares. A comienzos de 1939 los comisarios se esforzaban por mantener el espíritu de resistencia, mientras



que entre los oficiales profesionales iba en aumento el derrotismo. La consecuencia fue que cundiera la desmoralización y aumentaran las deserciones.

Otro aspecto preocupante de la conducta de Casado, que también apunta Preston, era su nula disposición a hacer entrar a sus fuerzas en combate, cosa que Vicente Rojo no le perdonaría nunca. Casado no era el único derrotista en las filas republicanas, particularmente en el ejército del Centro-Sur, donde, además de Casado, el general Matallana Gómez y el propio Miaja no cumplieron las órdenes del general Rojo de llevar a cabo maniobras de distracción para restar presión al ejército del Ebro. Las diversas ofensivas deberían haber empezado el 11 de diciembre de 1938, pero se retrasaron hasta el 5 de enero de 1939, cuando el avance franquista en Cataluña era prácticamente incontenible. La actuación de los mandos del ejército del Sur era considerado en el entorno de Negrín como consecuencia de la “traición, el sabotaje y el derrotismo”. En lo que respecta al ejército del Centro, su jefe de operaciones el teniente coronel Francisco García Viñals, era estrecho colaborador del SIMP y su función consistía precisamente en garantizar que las fuerzas republicanas del centro permanecieran inactivas. La maniobra de diversión que le correspondía realizar a Casado tuvo lugar en Brunete y fue un desastre. Modesto acusó a Casado de permitir que los franquistas conocieran los planes de batalla. Casado no atacó en el punto señalado por el general Rojo, sino que lanzó al ejército contra una zona, bien fortificada, con lo que la operación fue un fracaso. Cuando era claro que el enemigo esperaba la operación, Casado siguió adelante con ella, mandando a cientos de hombres a la muerte, al atacar posiciones pertrechadas con ametralladoras. Modesto calificó esta ofensiva de Brunete como de “antesala de la sublevación casadista”, destinada a debilitar las mejores unidades de la República.

Otro militar que proporcionaba información al Estado Mayor de Franco, a través de la Quinta Columna, era el general Matallana, como él mismo lo reconoció en el consejo de guerra al que fue sometido tras el conflicto. Manifestó su odio a “los rojos”, y cómo no solo había proporcionado a la Quinta Columna información sobre asuntos militares, sino cómo también había saboteado numerosas operaciones, incluida la ofensiva de Brunete. Reveló que había podido llevar a cabo estos planes controlando a Miaja, un hombre “fácilmente manipulable”, con ayuda de su segundo en mando y el jefe de Estado Mayor. Habían conseguido ganar la confianza de Miaja “por medio de halagos y alentando su afán de protagonismo”. Recurrieron también a explotar la “envidia” que Miaja sentía hacia Rojo, fomentando las murmuraciones, y, aprovechando el resentimiento de Miaja, dieron largas a las órdenes de Rojo. Otras formas de sabotaje consistieron en ralentizar el transporte de las tropas, trasladándolas por ferrocarril, que era más lento, y no en camiones, y provocando retrasos que permitieron a los franquistas conocer los planes de batalla de los republicanos. Además, la utilización de trenes para el transporte de tropas desorganizó el sistema de abastecimiento y llevó a muchas mujeres a manifestarse en protesta por la falta de comida.

Como señala Preston, entre la fama de Miaja como el “heroico salvador” de Madrid, forjada por la propaganda republicana para levantar la moral popular, y la realidad, había un gran trecho. Miaja no pasaba de ser un militar bastante mediocre y opuesto a correr riesgos. Además, parecía no enterarse nunca de lo que pasaba a su lado. Según el corresponsal de *The New York Times*, Herbert Matthews, Miaja bebía demasiado y había perdido el poco valor que tuvo en su día. Además, “era débil y bobo, no tenía principios y [...] su coraje podía ser cuestionado seriamente”. En resumidas cuentas, debido a la traición de Miaja, Matallana y Casado, comandantes de la zona centro, se perdió una oportunidad cuando Franco, tras recibir importantes suministros de material bélico alemán e italiano, preparaba un gran ataque a Cataluña, con cuyo fin había dejado sus frentes meridionales relativamente indefensos.

El problema no era solo la traición del alto mando de los ejércitos centro-sur, sino también la importante superioridad bélica de los franquistas en tanques, artillería, cobertura aérea, ametralladoras y hasta fusiles. Mientras tanto, miles de toneladas de material bélico- tanques, artillería, aviones, ametralladoras y municiones-, que se dirigían desde El Havre a Port Bou, llegaban con un retraso considerable, después de que Gobierno francés hubiese puesto todo tipo de obstáculos para que cruzasen su territorio. Según afirmaba Negrín, de haber llegado dos semanas antes, la situación en Cataluña podría haberse evitado; si hubiera sido cuatro meses antes, la República podía haber ganado la batalla del Ebro, y solo con dos meses antes, no se habría perdido Cataluña. Tras la caída de esta última, la retirada militar, a la que se incorporaron 450.000 civiles, prosiguió hasta la frontera francesa y el internamiento de los refugiados en las playas del sur de Francia.

De todas las autoridades republicanas que huyeron ante el avance franquista, solo Negrín, sus ministros y los comunistas regresaron a territorio republicano. El aislamiento de la zona central provocó un miedo generalizado, y las divisiones en el campo republicano entre los diferentes partidos o dentro de un mismo partido se agudizaron. Mientras tanto, toda una serie de factores favorecían el desmoronamiento de lo que quedaba de la República. A minar la moral contribuía la intensa labor de la Quinta Columna, que exacerbaba el anticomunismo, al hacer responsable de las privaciones que sufría la capital- falta de combustible para la calefacción doméstica y calentar el agua para cocinar, escasez de alimentos y de medicinas, etc.- al Partido Comunista, con cuya política, aseguraban, estaba totalmente identificado el Gobierno.

#### Anticomunismo y derrotismo

El anticomunismo tradicional de los dirigentes de la CNT se había también trasladado ahora a gran parte del PSOE. El derrotismo cundía cada vez más en el ánimo de la gente. El creciente descontento fue, por supuesto, explotado por la Quinta Columna para desmoralizar aún más a los habitantes del Madrid asediado, a quienes les hablaba de la abundante comida de la que disponían en las zonas controladas por los franquistas, y de la clemencia que, a buen seguro, Franco tendría con todos los “no comunistas”. Las penurias de la población y el cansancio de la guerra propiciaban la propaganda profranquista de la Quinta Columna.

De otro lado, el deterioro de la situación de la República, las divisiones dentro del Partido Socialista y las conversaciones con el agente de la Quinta Columna Luna García, persuadieron a Besteiro de que su anticomunismo era compartido por otros muchos, y de que había llegado el momento de romper su aislamiento en Madrid. El discurso pronunciado por Besteiro en el Comité Ejecutivo del PSOE celebrado en Barcelona el 15 de noviembre de 1938 no se distinguía demasiado de la retórica

“que llegaba de la zona franquista”, en palabras de Preston. Según Besteiro, la guerra había estado “dirigida y fomentada por los comunistas”. Si ellos dejaran de intervenir, las posibilidades de continuar la guerra serían pequeñas. Aunque reconocía que la salida de los comunistas del Gobierno sería grave a aquellas alturas, para él, si la guerra se ganara, “España sería comunista”. Todo el resto de las democracias le sería adversa y solo podría contar con Rusia. Reconocía, no obstante, que si los republicanos eran derrotados, “entonces el porvenir sería terrible”. Para Preston, el discurso de Besteiro fue “una muestra magistral de pesimismo, derrotismo e irresponsabilidad”. Parecía como si el PCE, el partido de la guerra”, fuera el único obstáculo para la paz. En su discurso, Besteiro declaraba asimismo que Negrín era un comunista, que había entrado en el PSOE como un caballo de Troya. Hay que decir que estas acusaciones contra Negrín tuvieron un largo recorrido, pues hasta no hace mucho las seguían repitiendo todos los partidos republicanos, con excepción de los comunistas. Tuvieron que venir historiadores como Gabriel Jackson, Enrique Moradiellos, Ángel Viñas y Paul Preston, entre otros, para desmontar esas falsas acusaciones, que solo hoy repiten los pseudohistoriadores neofranquistas.

Besteiro volvió de Barcelona muy decepcionado de que Azaña no aceptara la formación de un Gobierno, que tendría por misión buscar la paz. Para él, Negrín estaba prologando innecesariamente la guerra. A su llegada a Madrid estableció contacto con Casado, mientras Luna García, de la Quinta Columna, intentaba convencerle de que si no conseguía formar un Gobierno con un amplio respaldo político, debía tratar de buscar apoyo militar. Se iba así preparando el terreno para la adhesión de Besteiro al golpe de Casado. Empezaron a mantener contactos, de los que grupo de Luna García (Quinta Columna) estaba perfectamente al tanto e informaba a Burgos. El SIMP de Ungria tenía interés en que se informara a Casado de las garantías ofrecidas por Franco a los altos mandos profesionales del ejército republicano que depusieran las armas y “no tuvieran delitos comunes en su conciencia”. Después de una reunión en casa de Besteiro, en la que Casado le detalló sus planes de paz, ambos siguieron manteniendo contactos frecuentes durante todo el mes de febrero.

Un factor que contribuyó al golpe de Casado fue la declaración del estado de guerra realizada por Negrín el 23 de enero de 1939, cuando las fuerzas de Franco estaban a las puertas de Barcelona. Ningún gobierno republicano había dado ese paso hasta entonces, para no acabar con las libertades democráticas y porque había sospechas sobre la lealtad de los militares profesionales. Esta iniciativa tenía por objeto reunir a todos los contingentes de la zona centro-sur bajo una autoridad militar. El poder quedaba delegado en el Ejército, y, en el caso de dicha zona, en los generales Miaja y Matallana, ambos poco de fiar, sobre todo el segundo de quien sabemos sus contactos con la Quinta Columna de Madrid y el gobierno de Burgos.

Las competencias de los gobernadores civiles quedaban transferidas a los gobernadores militares, a quienes Vicente Uribe calificaba de “auténticos fósiles”, que habían demostrado su incompetencia para hacer la guerra. Esta medida facilitó el complot de Casado. Después de la caída de Barcelona, las autoridades de la República cruzaban la frontera francesa, camino del exilio. No regresarían a España, como tampoco lo haría Vicente Rojo, comandante jefe de las fuerzas armadas republicanas. El único que regresó fue Negrín.

Aunque la derrota de la República era previsible, la revuelta de Casado contra el Gobierno de Negrín la precipitó al desencadenar en el Madrid asediado por las fuerzas franquistas una “mini guerra civil” que costó la vida de dos mil personas y dio al traste con los planes de evacuación de miles de republicanos.

En una reunión que Casado tuvo en Valencia con los generales Matallana, Miaja y Leopoldo Menéndez (comandante del ejército de Levante) habrían pactado que en el caso de que Negrín regresara a la zona centro, crearían un Consejo Nacional de Defensa para derrocarlo. Que Casado siguiera adelante con sus planes contra Negrín después de la ratificación el 9 de febrero de 1939 de la Ley de Responsabilidades Políticas de Franco se explica por la obsesión anticomunista que compartía con este último. Esta Ley, retroactiva hasta 1934 y hecha pública el 12 de febrero, tenía por objeto liquidar las culpas contraídas por quienes contribuyeron con actos u omisiones graves a “formar la subversión roja, a mantenerla viva durante más de dos años y a entorpecer el triunfo, providencial e históricamente ineludible, del Movimiento Nacional”. Esta Ley, todos los republicanos eran culpables del delito de rebelión militar. Casado estaba convencido de que no estaba incluido entre esos republicanos, ya que tanto él como sus estrechos colaboradores pensaban que los militares que luchaban en campos opuestos estaban unidos, por encima de todo, por una especie de “*esprit de corps*”, que los libraba de los planes de venganza de Franco. Aunque creyera las promesas de inmunidad para los militares profesionales, bastaba con oír las declaraciones que hacía Franco y con la recién promulgada Ley de Responsabilidades Políticas para hacer comprender a Casado que la rendición que proyectaba tendría consecuencias trágicas. Como expresaban sus declaraciones a la *United Press* a principios de 1938, Franco rechazaba cualquier posible amnistía para los republicanos. Su política era la de una venganza institucionalizada.

A Negrín, por su parte, le preocupaba desde hacía tiempo la responsabilidad que tenía contraída con la población republicana. Negrín sabía perfectamente que una paz negociada podría garantizar la huida de algunos centenares, o quizá miles de representantes políticos, pero que el ejército y la mayoría de los republicanos de a pie quedarían a merced de los franquistas, y que éstos serían implacables. Por ello, Negrín rehusó aceptar una rendición incondicional. Como dijo el 7 de agosto de 1938 a su amigo Juan-Simeón Vidarte: “Yo no entrego indefensos a centenares de españoles, que se están batiendo heroicamente por la República, para que Franco se dé el placer de fusilarlos como ha hecho en su tierra, en Andalucía, las Vascongadas, en cuantos pueblos ha puesto su pezuña el caballo de Atila”.

En este empeño por conseguir que el final de la guerra entrañara el menor sufrimiento posible para los republicanos, Negrín no contó con el apoyo de Azaña. Por más que intentó en la reunión del 30 de enero convencerlo de que regresara a Madrid después de cruzar la frontera francesa, Azaña se negó con el argumento de que su regreso a España implicaría un apoyo a su política de resistencia. Negrín no logró convencerlo de que regresara. La mañana del 5 de febrero de 1939 Azaña partía al exilio para no volver a poner nunca más los pies en España. La presencia de Azaña en París equivalía a desautorizar la política de resistencia de Negrín como baza en las negociaciones. Al mismo tiempo

causaba un gran daño a la República, ya que era una manera de anunciar a las autoridades francesas y británicas que, para él, la guerra estaba ya perdida. Tratándose del presidente de la República, esta actitud era muy grave. Zugazagoitia comentaba, según cuenta Preston, que Negrín y Azaña eran incompatibles: el primero era enérgico y dinámico, y el segundo, sedentario y timorato. Negrín le había dicho a Zugazagoitia a propósito de Azaña, que era una persona con “una incarnadura medrosa”, y que el “miedo” lo descomponía. Esta actitud timorata de Azaña produce una gran pena, una enorme tristeza. Se ve que era algo superior a sí mismo, formaba parte de su naturaleza.

#### La propuesta de una mediación internacional

En la última reunión de las Cortes Republicanas, celebrada la medianoche del 1 de febrero de 1939 en los establos del castillo de Figueras, Negrín se refirió a la necesidad de una mediación internacional para tener garantías de que no habría represalias al final de la guerra. Presentó un plan para poner fin al conflicto a cambio de que Franco respetara determinadas condiciones, siendo la principal que era preciso evitar un baño de sangre. Los diputados allí reunidos dieron a Negrín un voto de confianza, aunque se oyeron murmullos de resentimiento contra los comunistas. Todos los diputados partieron a Franci, algunos para ver cómo podían regresar a la zona centro, y otros para ponerse a salvo. Entre los que permanecieron en Francia, sobre todo los anarquistas y los partidarios de Largo Caballero, empezaron a circular acusaciones contra Negrín y los comunistas de que eran los responsables de la derrota de la República.

Mientras tanto, atendiendo a la petición de Azaña, los gobiernos británico y francés se decidieron a presionar a Negrín para que aceptase el cese de las hostilidades, a condición de que Franco se comprometiera a una ocupación pacífica del país, sin represalias políticas y la retirada de las tropas extranjeras de España. Negrín mantuvo en una casa del pueblo de La Vajol una reunión con los representantes británico y francés para manifestarles que, aunque la derrota en Cataluña era segura, la guerra en Europa era inevitable y la resistencia en la zona republicana centro-sur podía mantenerse. En este sentido, expresó la esperanza de que el material que llevaran a Francia las fuerzas republicanas pudiera repatriarse. Negrín ignoraba que George Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, ya había anunciado a Quiñones de León, el representante de Franco en París, que su gobierno no permitiría el retorno de las tropas republicanas españolas y del material bélico a la zona centro-sur. En realidad, a británicos y franceses no les preocupaba demasiado garantizar que Franco no tomara represalias.

El gobierno republicano continuó en el castillo de Figueras hasta que las últimas unidades del ejército republicano hubieran cruzado la frontera el 9 de febrero. Según el corresponsal de *The Times*, Lawrence Fernsworth, conservador y católico, la resistencia de Negrín tenía por objeto proteger la huida de Madrid de miles de personas, que, si no, serían víctimas de las represalias de Franco. Casado se opuso a Negrín, propalando la falacia de que la resistencia era una treta para instaurar una dictadura comunista. Ya sabemos que este discurso constituye el eje principal de la propaganda franquista, pero lo que resulta sorprendente es que lo repitieran también como artículo de fe anarquistas y socialistas. En efecto, va contra toda lógica, ya que de ser el PCE una marioneta del Kremlin, como decían Casado y los anarquistas, una dictadura comunista en España no tendría mucho sentido, por ser totalmente contraria a los intereses de la política exterior soviética en 1938 y 1939. Lo que buscaba la URSS al principio era una alianza de seguridad colectiva con Francia y Gran Bretaña contra la Alemania nazi. Pero, después de los Acuerdos de Munich y en vías de concertar el Pacto Molotov-Ribbentrop, de agosto de 1939, la Unión Soviética no tenía ningún interés en enemistarse con Hitler. La idea, pues, de que lo que la resistencia de Negrín ocultaba era el propósito de instaurar una dictadura comunista no tiene sentido, se cae por su peso.

Solo después de que el general Rojo llegara para anunciar que las últimas tropas republicanas habían cruzado la frontera la mañana del 9 de febrero, entró Negrín en Francia, con la intención de dirigirse a Toulouse, y desde allí volar de vuelta a España. Estando en Perpiñán fue a verle un emisario del general Miaja, el capitán López, con la misión de convencer a Negrín de que permaneciera en Francia y de que el presidente Azaña diera permiso a Miaja para negociar la paz con los franquistas. El enviado de Miaja, un hombre “ferozmente anticomunista”, según dice Preston, pintó un panorama sombrío de la situación de la zona centro, que podía resumirse en que no había ninguna posibilidad de seguir resistiendo. No había municiones, ni víveres, ni combustible, y la única solución posible era la de confiar a Miaja la tarea de negociar la rendición en las mejores condiciones. El capitán López viajó después a París para entrevistarse con Azaña, a quien manifestó que era necesario formar un gobierno de militares profesionales, que pudieran negociar una paz razonable con Franco.

En cuanto a Negrín, volaba desde Toulouse a Alicante, acompañado de Álvarez del Vayo, su ministro de Estado (Asuntos Exteriores), y de Santiago García Arroyo, jefe del SIM. Viajaron en un vuelo regular de Air Franco y bajo nombres falsos. Negrín había mantenido antes de partir una reunión con Trifón Gómez, intendente general de Abastecimientos del ejército republicano, a quien pidió que siguiera mandando víveres, pero que procurara que no llegara a haber “almacenamiento”. Bastaba con que hubiera para unos doce días, que era lo que se calculaba que aquello iba a durar. Era evidente, por un lado, que Negrín volvía para firmar la paz y utilizar su discursos de la resistencia como baza, y, por otro, que tanto él como el ministro de Hacienda, Méndez Aspe, deseaban conservar recursos para el éxodo y el exilio. Como le había confiado a su secretario Benigno Rodríguez, Negrín regresaba a España para “salvar lo más posible”. Para él, se trataba de terminar la guerra “con honor y dignidad”. Cada vez iba imponiéndose más la idea de que los comunistas representaban “el único obstáculo” para terminar con el conflicto. Fueron tachados de “enemigos de la paz” por los derrotistas, que habían conseguido explotar el cansancio de la guerra y el miedo de la gente.

La mayor hostilidad hacia los comunistas procedía del movimiento libertario. Los anarquistas abrigaban contra ellos un profundo rencor, porque, contrariamente a los deseos libertarios de una revolución social inmediata, los comunistas pensaban que era necesario ganar antes la guerra. Además, teniendo en cuenta la facilidad con que la Quinta Columna podía infiltrarse en la CNT-FAI, los servicios de seguridad, controlados por los comunistas, se habían mostrado particularmente duros con ellos. Era del dominio público- como lo denunciaban artículos de la prensa comunista, socialista y de Izquierda Republicana- que redes de la Quinta Columna utilizaban carnés de la CNT. La

facilidad con que se podía adquirir un carné del sindicato anarquista dio a la Quinta Columna la posibilidad de obtener información y ejecutar acciones provocadoras. La acreditación de la CNT les permitía tener carnés de los servicios de seguridad republicanos. De otro lado, los anarquistas tomaron contacto con los generales que estaban también siendo sondeados por Casado, y la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias enviaron una carta al general Miaja para proponerle la creación de una organización que uniera a todas las fuerzas antifascistas de la zona centro-sur, con exclusión de los comunistas.

La decisión del general Rojo de permanecer en Francia

Un rudo golpe a la política de Negrín de prolongar al máximo la resistencia fue la decisión del general Rojo de permanecer en Francia y no regresar a España, a la zona centro-sur. Esta decisión fue tanto más catastrófica por cuanto su sustituto más probable, el general Matallana, estaba trabajando ya a favor de la causa rebelde. El argumento de Rojo para no volver era la necesidad de ocuparse de los miles de soldados republicanos confinados en campos de concentración insalubres, instalados en las playas del sur de Francia, donde permanecían hacinados en pésimas condiciones, sin comida, agua potable y cuidados médicos elementales. Todos los intentos por convencer a Rojo de que volviera a España resultaron vanos. La ausencia de Rojo al lado de Negrín contribuyó sin duda considerablemente al éxito del golpe de Casado.

Entretanto, la hostilidad entre los comunistas y Casado era cada vez más del dominio público. Los continuos esfuerzos de éste por atizar las disensiones entre los comunistas y los demás componentes del Frente Popular se intensificaron. Casado encontró una ocasión de oro al prohibir la distribución de un manifiesto del PCE, en el que éste censuraba a Largo Caballero, quien, después de pasar a Francia el 29 de enero de 1939, había decidido no regresar a España y quedarse en París. El PCE le echaba en cara que se hubiera ausentado en un momento en el que debería haber estado allí para levantar la moral del pueblo. Casado no solo prohibió la distribución del manifiesto, sino que celebró una reunión del Frente Popular de Madrid, en el que se azuzó la hostilidad de los socialistas hacia el PCE, atribuyéndole insultos al veterano líder socialista, que eran falsos.

En un discurso, Dolores Ibárruri atacó a Largo Caballero, Casado y Miaja, mientras que Vicente Uribe denunció a quienes estaban haciendo el trabajo del enemigo al propagar la idea de que era posible la paz sin represalias. Uribe proponía “purgar” a los derrotistas y fortalecer el esfuerzo bélico, lo que no hizo sino exacerbar la animosidad de Casado hacia los comunistas y la desconfianza de éstos hacia el coronel. La cúpula del PCE, según informa Dolores Ibárruri en sus memorias, había manifestado a Negrín la conveniencia de que Miaja y Casado fueran sustituidos, a lo que Negrín se negó porque “podría provocar actos de indisciplina que rompiesen la resistencia”. De haber sido sustituidos, quizá el golpe habría sido desbaratado, pero el alto mando franquista tenía soluciones de recambio, con simpatizantes de la causa rebelde, a los que habría pedido recurrir, como el general Matallana. No solo no hubo destituciones, sino que los últimos nombramientos de Negrín no habían sido demasiado afortunados, entre otros el del general Miaja, ascendido a comandante supremo del ejército, la armada y las fuerzas aéreas, pasando el general profranquista Matallana Gómez a ocupar el puesto anteriormente ocupado por Miaja, y para desempeñar el dejado vacante por Matallana fue nombrado el también coronel profranquista Félix Muedra Miñón. Por entonces ya circulaban rumores, negados por Miaja, de que su Estado Mayor Central estaba en contacto con el cuartel general de Franco. Al mismo tiempo, Casado realizó, con éxito, el intento de ganar a su causa a Cipriano Mera, comandante anarquista del Cuatro Grupo de Ejércitos del Centro

A su llegada a Albacete el 10 de febrero, Negrín contactó con Miaja, Matallana y otros mandos del ejército, no tardando en darse cuenta del frío y poco cordial recibimiento que le dispensaron. Ignoraba totalmente los contactos de Casado con los servicios secretos franquistas y sus conversaciones con los generales Miaja y Matallana, el contralmirante Buiza (comandante de la flota) y el líder anarquista Cipriano Mera. La actitud de Buiza revelaba que no podía contar con la armada para proteger los barcos mercantes que evacuasen a los que corrían peligro. La actitud de desdén y menosprecio de los altos mandos militares hacia Negrín y el Gobierno hacía presagiar lo peor.

El 12 de febrero (según otra versión, el 25), Negrín se reunía durante cuatro horas con Casado. Éste presentó un panorama de lo más sombrío de la zona central: falta de material bélico y estado catastrófico de las tropas, cuya indumentaria y alimentación eran muy deficientes. En cuanto a la población civil en Madrid, ésta se encontraba al borde de la hambruna. Para Casado, ante la clamorosa petición de paz, solo cabía la rendición. Negrín le replicó entonces que, puesto que los británicos y los franceses no habían apoyado sus propuestas para una rendición sin represalias, la única opción posible era resistir hasta que Franco aceptara renunciar a ejercer represalias masivas.

Entretanto Casado que, en los días previos a esta reunión con Negrín, estaba esperando respuesta de las “generosas condiciones” que los representantes de la Quinta Columna le habían asegurado que Franco les comunicaría, recibió la carta de su amigo el general Barrón, en la que le conformaba la “benevolencia” del general rebelde. En su respuesta a Barrón, a través de su contacto en la Quinta Columna, el profesor Julio Palacios, Casado aseguraba que todo estaba preparado para asaltar los reductos comunistas, al grito de “¡Viva España y muera Rusia!”. Ni que Franco se las hubiera dictado. Casado transmitió el mensaje de Barrón a Miaja y a los demás comprometidos en la conjura.

Parece increíble que Casado creyera lo que le contaba el SIMP, pues era sabido que muchos oficiales del Ejército, amén de decenas de miles de civiles, habían sido ejecutados por Franco bajo la aberrante acusación de “rebelión militar”. Lo que en la jerga franquista significaba que había rehusado unirse al llamado “Movimiento Nacional”. El mundo al revés. Casado, en su delirio, llegó a pensar que el final de la guerra sería negociado entre él y Franco, y que este último- como Casado llegó a comentarlo con otras personas a las que trató de reclutar- incorporaría a altos mandos del Ejército republicano en las fuerzas armadas franquistas. En lo que respecta a los detalles de la rendición, Casado declaró estar convencido de que podría conseguir que las fuerzas de Franco entraran en Madrid sin disparar un solo tiro. Lo que pedía a cambio era clemencia para su Estado Mayor. Aunque lamentó que fuese imposible impedir la huida de algunos destacados dirigentes y cabecillas “rojos” (*sic*), prometió, no obstante, que los que se quedaran en Madrid serían arrestados.



A su regreso a España, Negrín se propuso reorganizar las redes de distribución alimentaria y las fuerzas militares del centro, con el objeto de poder resistir hasta el inicio de la guerra en Europa, o hasta poder organizar una evacuación masiva o el menor número posible de muertes de republicanos. Dado que Franco iba a imponer una rendición incondicional, a la que seguiría una despiadada represión, y de que en la escena europea no se producirían cambios que favorecieran a la República, Negrín pensaba que la única solución era sacar el mejor provecho posible de los recursos disponibles hasta que Franco se comprometiera públicamente a no tomar represalias contra la población vencida. Negrín estaba persuadido de que la capitulación abriría la veda de caza al republicano. La resistencia en la zona centro no significaba luchar hasta morir, sino en conseguir una retirada controlada, lo que implicaba mantener el dominio de las instalaciones aéreas, de las carreteras de la costa sudeste y de los puertos mediterráneos más importantes para poder efectuar desde allí la evacuación masiva de los republicanos, cuya vida peligraba más.

La zona centro-sur estaba compuesta de diez provincias, una población de diez millones de habitantes y ciudades importantes como Madrid, Valencia, Alicante, Almería y Cartagena. Los contingentes del Ejército republicano de la zona centro ascendían a medio millón de hombres. Respecto de la flota republicana, ésta estaba compuesta de tres cruceros, trece destructores, siete submarinos, cinco buques torpederos y dos lanchas cañoneras. Donde la República flaqueaba era en la Aviación. La situación no era, sin embargo, tan desesperada como para que Negrín contemplara una inmediata rendición incondicional. Por esta razón, los embajadores de la República en París y en Londres se esforzaban por obtener el apoyo de los gobiernos francés y británico para que Franco aceptase los tres puntos de Negrín, a saber, declaración por parte de Franco de que España sería independiente, que el pueblo español sería libre de elegir su forma de gobierno, y que no habría represalias. Era evidente que Franco no iba a aceptar ninguna de estas tres condiciones. El Gobierno británico había decidido que cuando las últimas tropas republicanas cruzaran la frontera francesa, reconocería a Franco, pero no tenía intención de exigir a éste el compromiso de que no tomara represalias. El Gobierno de Neville Chamberlain ansiaba que la guerra de España terminara lo antes posible, ya que la continuación de la guerra iba en contra de su política de apaciguamiento. Además, Chamberlain esperaba que, después de terminada la guerra de España, Franco, al seguir endeudado con Alemania e Italia, recurriría a Gran Bretaña y Francia, con el objeto de que empresas de estos países aportaran los capitales necesarios para la reconstrucción del país. La suerte que pudieran correr los miles de republicanos españoles derrotados no le importaba demasiado.

Mientras tanto, Casado proseguía insidiosamente con sus planes. Edmundo Domínguez, comisario inspector del Ejército del Centro, reveló a Negrín el alcance de la conspiración contra él, y cómo agentes de Casado estaban tratando con jefes y agentes franquistas. Le reveló, además, los contactos de Casado con la CNT, en especial con Cipriano Mera, con Besteiro, con Wenceslao Carrillo y con numerosos altos mandos del ejército. Estas actividades habían tenido que haber sido investigados por el SIM (Servicio de Información Militar), pero su jefe en la zona centro, Ángel Pedrero, trabajaba ya estrechamente con Casado desde noviembre de 1938. Negrín había ordenado la destitución de Pedrero, pero, al amenazar Casado con dimitir, Negrín se retractó. Después, reiteró la orden, pero Casado la ignoró. Negrín trataba de no exacerbar el malestar ya existente entre los civiles y los militares en lo que quedaba del territorio republicano. Con este fin, recurrió a altos mandos profesionales, ignorante de que algunos de ellos ya estaban de acuerdo con Casado. La animosidad de este último hacia los comunistas, se volvió aún más agresiva, con el objeto sobre todo de agradar a Franco.

#### La alianza de Casado con los anarquistas

Su obsesión anticomunista lo llevó a aliarse con anarquistas, no solo con Cipriano Mera, sino con otros aún más radicales, como Eduardo Val Bescós y José García Pradas. Ambos miembros de la FAI. Val, un camarero, jefe del Comité Regional de Defensa de la CNT-FAI en Madrid, creado a principios de la guerra, estuvo tras el asesinato no solo de muchos derechistas, sino también de numerosos comunistas. La estrecha colaboración entre Casado y los anarquistas estaba basada en el odio visceral que todos ellos sentían por el comunismo. Según Edmundo Domínguez, Casado llegó a confeccionar una lista de comunistas a los que pensaba eliminar.

Negrín se encontraba, a fin de cuentas, muy solo rodeado de enemigos. De los militares profesionales, con excepción del fiel azañista, el general Hernández Sarabia, y de los generales Hidalgo de Cisneros y Antonio Córdón, ambos miembros del Partido Comunista, solo podía contar con altos mandos procedentes de las milicias, que habían ascendido en la escala militar durante la guerra, como Lister y Modesto, los dos destacados miembros del PCE. Lo que retuvo a Negrín de formar un nuevo Estado Mayor General, que fuera fiable, se debió probablemente a que temía que, al hacerlo con comunistas, únicos altos mandos en los que podía confiar plenamente, sirviera de pretexto a los derrotistas para entrar en acción. Es muy posible que así fuera, desde el momento en que encontró la justificación final para su golpe en la decisión de Negrín a principios de marzo de 1939 de contar con altos mandos comunistas para proteger la base naval de Cartagena y otros puntos clave de su estrategia de evacuación.

Además de los anarquistas, Casado había entrado en contacto con el “bastión del anticomunismo en el seno del PSOE”, la Agrupación Socialista Madrileña (ASM), controlada por los partidarios de Largo Caballero. Entre los más fervientes anticomunistas de esta Agrupación figuraban Wenceslao Carrillo y Julián Besteiro. Franco no tenía necesidad de lanzar ninguna ofensiva. ¿Para qué? De hecho, detuvo las operaciones en la zona centro-sur, en la confianza de que era preferible esperar a que los planes de Casado precipitaran el derrumbamiento de la resistencia republicana.

Preston realiza un circunstanciado relato de los pasos por los principales actores del drama en los días previos al golpe casadista. Estas páginas no dejan de causarnos un terrible desasosiego, pues ponen de manifiesto de forma descarnada la hipocresía, doblez y falsedad del autor de tan alevosa acción. Para lanzar su golpe, Casado se había instalado en el ministerio de Hacienda, en la calle de Alcalá, donde se reunieron con él, entre otros, los anarquistas Val y García Pradas, y los socialistas Besteiro y Wenceslao Carrillo. García Pradas había enviado escuadrones anarquistas para ocupar las dos principales emisoras de radio republicanas, Unión Radio y Radio España. A los anarquistas que apoyaban a Casado se les había hecho creer que el Consejo Nacional de Defensa era una

contraofensiva a lo que, según decían, constituía un golpe inminente de Negrín y los comunistas. Besteiro rechazó la presidencia del CND, con el argumento de que el puesto debía ocuparlo un general, y Casado tampoco quiso aceptarla, con lo que se propuso el nombre del general Miaja. Cuando éste llegó Madrid el 6 de marzo por la mañana y se le hizo el ofrecimiento, accedió encantado. Besteiro aceptó el puesto de vicepresidente y de ministro de Asuntos Exteriores. Aquella noche, con el edificio rodeado de fuerzas mandadas por el teniente coronel Cipriano Mera, Besteiro dio por radio el anuncio formal del Consejo, en el que defendía los motivos de los implicados en el golpe. Lo presentó como “una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de la salvación de la masa inocente e irresponsable”. Se refirió a la política del Gobierno como “una política de fanatismo catastrófico”, y de “sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa ante el dolor de la Nación”, alusión evidente a la supuesta sumisión de Negrín a la Unión Soviética y un ataque a la falta de sentimientos de los que permitían que aquella situación se perpetuase. Después de terminar, Besteiro estalló en llanto. La declaración formal del Consejo fue leída por Miguel San Andrés, miembro sin relevancia de Izquierda Republicana. Después habló Cipriano Mera, con palabras que degeneraron en una sarta de insultos a Negrín, a quien calificó de “traidor, criminal y ladrón”. A continuación intervino Casado, con un discurso, cuyas últimas palabras iban dirigidas a Franco: “En vuestras manos, que no en las nuestras, están la paz y la guerra”. Con estas palabras eliminaba cualquier posibilidad de obtener unas condiciones de paz de Franco.

Socialistas y anarquistas en “el contragobierno”

La Junta de Casado estaba integrada por los siguientes consejeros: presidente, general Miaja; vicepresidente y Estado, Julián Besteiro; Gobernación, Wenceslao Carrillo; Defensa, Casado; Hacienda, Manuel González Marín (CNT); Justicia, Miguel San Andrés (Izquierda Republicana); Instrucción Pública, José del Río (Unión Republicana); Obras Públicas, Eduardo Val (CNT); y Trabajo, Antonio Pérez (UGT). Casado estaba deseoso de anunciar cuanto antes la composición de su “contragobierno”, representativo de todas las fuerzas opuestas a Negrín. En realidad, ninguno de los componentes de ese supuesto Gobierno contaba con el respaldo unánime de la organización a la que decía representar, y la mayoría de ellos eran, además, figuras de segunda fila. Los dos republicanos eran prácticamente desconocidos, irrelevantes, y éste también era el caso de los representantes de la CNT y la UGT. La Comisión Ejecutiva del PSOE no autorizó nunca la participación de sus miembros en la Junta de Casado, quien mentía descaradamente cuando pretendía que el PSOE estaba representado por Besteiro, y, la UGT, por Wenceslao Carrillo.

El libro de Preston aclara no solo muchos puntos oscuros y explica muchas cosas que podrían resultarnos incomprensibles, entre otras, por qué después de 76 años de los hechos narrados y 39 de la instauración de la democracia en España, sigue habiendo en este país tanto anticomunismo visceral.

Casado pretendió apuntarse un tanto con la incorporación de Besteiro, un intelectual “puro” y respetado por todos, que daba a la Junta una “legitimidad”, de la que carecía y con la que pretendía ocultar que se trataba de una vulgar junta militar. En palabras del corresponsal de *The Times*, era “una mascarada lamentable, un Gabinete de condenados creado a la desesperada”. Preston se pregunta hasta qué punto era consciente Besteiro de las consecuencias de su acto, es decir, convertir el derramamiento de sangre y los sacrificios de los tres años anteriores en algo inútil, al emular el golpe del 18 de julio de 1936 contra un pretendido peligro comunista. ¿Afectarían las privaciones físicas de Besteiro a su salud mental? Un médico que lo había tratado al final de la guerra le dijo a Portela Valladares que Besteiro estaba “gagá”. Su alejamiento desde hacía algún tiempo de la política republicana le había hecho perder el contacto con la realidad. También su tuberculosis pudo haber deformado su percepción de las cosas. En cualquier caso, triste destino el de este distinguido catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid, convertido en vulgar traidor a una causa por la que antes había luchado.

Todos los intentos de Negrín y de altos mandos militares como Cerdán, que se lo pedía no ya solo como superior jerárquico suyo, sino como compañero de armas, de hacer entrar en razón a Casado y de que acatara las órdenes del Gobierno legítimo de la República, resultaron vanos. Casado no reconocía otra legitimidad que la de su Junta de Defensa. No entraremos en los detalles de los acontecimientos que siguieron hasta el desenlace de esa “tragedia innecesaria”. Dejamos al lector que los descubra con la lectura del relato que de ellos hace Preston y que resumimos en las líneas que siguen.

Negrín no deseaba en absoluto que hubiera luchas intestinas dentro del campo republicano. Quería evitar por todos los medios la violencia y que el enfrentamiento con Casado pudiese degenerar en una mini guerra civil. En este sentido, envió un mensaje a Casado, en el que manifestaba que no había ninguna discrepancia fundamental entre los objetivos de la Junta y el compromiso del Gobierno de alcanzar un acuerdo de paz. Pero Casado no solo no se dignó responder al mensaje conciliador de Negrín, sino que su iniciativa de paz para evitar una mini guerra civil, tuvo por respuesta una emisión de radio, en la que Casado ordenaba el arresto de Negrín, Álvarez del Vayo, Uribe, Lister, Modesto y todos los miembros del politburó del PCE. Puesto que la Junta de Casado se había convertido en la única autoridad efectiva, oponerse a él significaría desatar una guerra civil dentro del Frente Popular: de un lado, las fuerzas que apoyaban a Casado, y, de otro, los comunistas. Una vez que Franco había sido reconocido por las grandes potencias, la lucha carecería de sentido. La caza a los comunistas había empezado. Los que no eran capturados por los agentes de Casado andaban huidos o escondidos. Ante esta situación, era importante proteger a las personas cuya vida corría más peligro, como era Dolores Ibárruri, quien acompañada de Cerdán, Jesús Monzón, Romero Marín y algunos más, salió rumbo a Orán (Argelia). En cuanto a Negrín, advertido de que fuerzas casadistas se dirigían a Elda, donde se encontraba, partió, junto con Álvarez del Vayo hacia el aeródromo de Monóvar, donde les estaba esperando el resto del Gobierno. Negrín temía ser capturado por Casado y que éste estuviera dispuesto a utilizarlo como baza negociadora con Franco. Negrín y los que le acompañaban llegaron a Toulouse después de un largo viaje, lleno de peripecias y peligros, al tener que sobrevolar territorio franquista. Negrín no regresará nunca más a España. Murió en el exilio en 1956.

El golpe casadista solo encontró los primeros días una resistencia armada importante en Madrid, como reacción a las órdenes dadas a la policía de detener a todos los comunistas. Franco esperaba que fueran las fuerzas de Casado las que se encargaran de derrotar a estos últimos, y poder así entrar en Madrid sin necesidad de intervenir. El 12 de marzo, después de la oposición comunista hubiera sido aplastada, Miaja regresó a Madrid y se instaló en el Palacio de la Presidencia. El papel desempeñado por Cipriano Mera y por los anarquistas en el triunfo de Casado y en el aplastamiento de la resistencia comunista al golpe fue fundamental. Los comunistas que habían luchado contra el Consejo Nacional de Defensa fueron sometidos a juicio y encarcelados. Los considerados culpables de “rebelión militar” seguían en la cárcel cuando Madrid cayó en poder de los franquistas, y la mayoría de ellos serían fusilados. Tanto los anarquistas como los socialistas partidarios de largo Caballero, que creían que las declaraciones anticomunistas de Casado bastarían para satisfacer a Franco, se equivocaban. Éste había dejado ya bien claro que, después de su victoria, todos sus opositores eran comunistas. La mente obtusa y cuadrículada de aquel hombrecillo rencoroso y vengativo no hacía distinciones: todos eran rojos, a los que había que exterminar.

Franco los dividía en “criminales empedernidos y personas que habían sido engañadas por sus líderes y eran capaces de arrepentirse”. Cárceles y campos de trabajo serían el castigo para quienes hubiesen cometido delitos, que no significaran tener las manos manchadas de sangre. En los demás casos, lo único que se podía esperar era la muerte o el exilio.

El golpe impidió una evacuación ordenada

El golpe de Casado desbarató los planes de Negrín de una evacuación ordenada. No solo dejó que los prisioneros comunistas cayeran en manos franquistas, sino que permitió que el puerto de Cartagena, del que el contralmirante Buiza había retirado la flota, pudiera servir de base para la evacuación de miles de republicanos. Existen discrepancias sobre el total de víctimas en Madrid del golpe de Casado, pero, según las estimaciones más verosímiles habría habido más de dos mil bajas entre muertos y heridos. Los muertos no se limitaron, por supuesto, a los de Madrid, sino a los de otras provincias de la zona centro-sur, que habían pasado a estar bajo el control de la Junta Nacional de Defensa, tras el golpe de Casado. Éste había contactado con el cónsul británico en Valencia para que la *Royal Navy* participara en un plan de evacuación de unas 10.000 personas, pero, independientemente de que el CND no disponía de los medios necesarios para tal evacuación, el Gobierno británico aseguraba que no participaría en ninguna acción sin el consentimiento de Burgos. La respuesta de Franco fue que no estaba dispuesto a permitir la evacuación de un solo “rojo” en los barcos de la real Marina británica. Rechazaba, pues, la propuesta de Casado y exigía la “rendición inmediata, total y sin condiciones”.

Casado había pensado al principio que podría quedarse en Madrid, porque no le ocurriría nada, pero cambió luego de parecer y decidió trasladarse en avión a Valencia. El 27 de marzo había llegado a la ciudad levantina, en el carguero francés *Lezardrieux*, una delegación de Evacuación y Ayuda Española, perteneciente al Comité International de Coordination et d'Information pour l'aide à l'Espagne Républicaine, compuesta de tres parlamentarios franceses y de otras personalidades de la misma nacionalidad, tres británicos, una estadounidense y un anglo-finés, con la misión de organizar la evacuación de las personas cuyas vidas estaban en peligro. Tras proceder a una selección bastante equitativa de grupos republicanos, incluyendo comunistas, el *Lezardrieux* pudo zarpar con unas 380 personas. Pero las que debían ser evacuadas eran miles. Casado afirmó a la delegación con la que se reunió, que contaba con barcos para evacuar a unas 10.000 personas. Aseguró a la delegación que había propuesto que los barcos disponibles se dirigieran a Alicante, por ser un puerto más alejado del frente de batalla. Confiados en las declaraciones de Casado, dos miembros de la delegación se dirigieron a Alicante para ayudar en la evacuación, pero no tardaron en indignarse cuando se enteraron de que Casado había decidido viajar a Gandía, y creció aún más su indignación al saber que los acorazados británicos y franceses, a los que se había ordenado que no protegieran a los barcos mercantes, habían recibido instrucciones de dirigirse a Gandía, donde los falangistas que ya habían conquistado la ciudad, lejos de impedir la partida de Casado, le habían enviado un refrigerio mientras esperaba embarcar. Casado no había organizado nada para la evacuación, excepto para sí mismo y los miembros del Consejo Nacional de Defensa. La elección de Gandía por Casado se debía a que desde allí les esperaba a él y a su comitiva, con el acuerdo del Almirantazgo británico y del *Foreign Office*, el acorazado británico *HMS Galatea*, en el que embarcaron todos los miembros de la Junta de Casado que deseaban escapar. El papel de Londres en la evacuación de Casado fue, pues, como sostiene Preston, indiscutible.

La partida de Casado pone claramente de manifiesto que no daba demasiado crédito a sus repetidas afirmaciones de que Franco respetaría los grados de los altos mandos que ayudaran a poner fin a la guerra. Valía más, por si acaso, poner tierra de por medio. Lo que pudiera sucederle a los demás le importaba una higa. Decenas de miles de hombres, mujeres y niños republicanos huyeron de Madrid el 28 de marzo de 1939 perseguidos por falangistas, para dirigirse a Valencia y Alicante, adonde les habían dicho que había barcos para llevarlos al exilio. Pero allí se encontraron con que no había nada. La Federación Socialista Provincial de Alicante organizó la partida de los barcos de vapor *Stanbrook*, *Maritime*, *Ronwyn* y *African Trader*, que transportaron 5.146 pasajeros.

El *Stanbrook*, que Negrín había comprado para la República y que fue el último en zarpar de Alicante, transportaba 2.638 refugiados, que viajaban hacinados en cubierta y en las bodegas. Después de múltiples dificultades y peligros, incluido un ataque de aviones franquistas, del que el capitán del barco logró hábilmente escapar, el *Stanbrook* llegaba por fin al puerto argelino de Orán, sin que por ello cesara la odisea de los refugiados, a los que durante casi un mes las autoridades francesas impidieron desembarcar, y cuando al fin cedieron fue para llevarlos a campos de internamiento. A los que habían llegado a Alicante demasiado tarde para embarcar se unieron en los días posteriores miles de refugiados procedentes de lo que aun quedaba de territorio republicano. Esperaron en vano tres días y medio sin agua ni comida. Hubo niños que murieron de inanición. Pronto Alicante se convirtió en una ratonera. Muchos, desesperados, se suicidaron, ya fuera arrojándose al mar, pegándose un tiro o abriéndose las venas. El Gobierno mexicano se ofreció a acoger a todos los refugiados, pero Franco se negó, con el argumento de que eran prisioneros de guerra y debían hacer frente a las consecuencias. El 31 de marzo la ciudad fue ocupada por las

fuerzas italianas. Cuando llegaron dos barcos con tropas franquistas, los refugiados fueron desalojados del puerto, las familias fueron separadas y los que protestaban eran golpeados o fusilados. Las mujeres y los niños, por un lado, y los hombres, por otro, pasaron un auténtico calvario, hasta terminar en el llamado campo de los Almendros, campo de concentración improvisado, en el que llegó a haber hasta 45.000 personas retenidas sin apenas comida ni agua. Los que intentaban huir eran sistemáticamente abatidos como alimañas.

Entretanto Besteiro, en compañía de Rafael Sánchez Guerra, secretario de la Junta Nacional de Defensa, permanecía en el sótano de ministerio de Hacienda, en espera de la llegada de las tropas franquistas, que tan pronto como llegaron los condujeron a la cárcel de Porlier. El 8 de julio de 1939, con casi sesenta y nueve años, Besteiro fue sometido a un consejo de guerra por el “delito de adhesión a la rebelión militar”, y, pese a su anticomunismo y su participación en la Junta de Casado, el fiscal solicitó para él la pena de muerte. Fue finalmente condenado a cadena perpetua, que le sería posteriormente conmutada por la de treinta años de reclusión mayor. Confinado, primero, en el monasterio de Dueñas (provincia de Palencia) hasta finales de agosto de 1939, pasó después a la prisión de Carmona en Sevilla, donde se vio obligado a realizar duros trabajos físicos como fregar suelos y limpiar letrinas. Tuvo problemas de salud debido a la mala alimentación y la falta de adecuada atención médica. Besteiro terminó contrayendo una infección sanguínea mortal, de la que moriría el 27 de septiembre de 1940. Cuenta Preston que el caso de Besteiro fue examinado por Franco personalmente. El negarle atención médica o una conmutación de la pena reflejaba la decisión del dictador de destruirlo. Como dice Preston, “la tragedia de Besteiro fue que tras perder la poca fe que tenía en la República y en sus compañeros republicanos, decidió confiarla a su verdugo”.

Franco se mostró implacable. Muchos mandos militares, que habían respaldado a la Junta de Casado y que antes habían colaborado con los franquistas, no intentaron exiliarse al final de la guerra, convencidos de que sus servicios serían recompensados o encontrarían al menos cierta protección, pero la realidad fue que no solo no pudieron conservar su empleo, sino que serían procesados y sentenciados a largas penas de cárcel.

#### El final del coronel Casado

En cuanto a Casado, consiguió trabajo en el departamento español de la BBC, comentando temas militares con el seudónimo “Coronel Juan de Padilla”. En 1939 escribió la primera versión de sus memorias, *The Last Days of Madrid*. En los años cuarenta partió a trabajar, primero en Colombia, y, después, en Venezuela, en compañías subsidiarias de la multinacional suiza Nestlé. No volvería nunca más a Inglaterra.

Habría que destacar como rasgo distintivo del carácter de Casado, además de los ya apuntados, su narcisismo, el alto concepto que tenía de sí mismo, su megalomanía, su convicción de que la única solución, la única alternativa ante la posible caída de Franco era él. Pero sus esperanzas de desempeñar un papel clave en la España posfranquista quedaron pronto en agua de borrajas. A finales de los años cuarenta, ya no pensaba en un regreso triunfal a España. Cuando en 1957 volvió el general Rojo, Casado empezó a pensar en hacer él lo mismo. El problema era que en 1944 había sido condenado en ausencia a doce años y un día de cárcel. Pese a ello, en septiembre de 1961 partieron él y su mujer hacia Barcelona. No fue molestado hasta que en junio de 1962 se le ocurrió solicitar una pensión militar por sus servicios entre 1911 y 1939, siendo entonces objeto de una investigación sobre su pasado como republicano y francmasón. El proceso duró hasta 1965 y recibió un trato relativamente benevolente por sus “servicios durante la guerra civil”. En su defensa, Casado hizo hincapié en su anticomunismo y su triunfo sobre Negrín. Aunque se le retiraron los cargos de “rebelión militar”, se le mantuvo la condena de doce años y un día por haber sido francmasón. No llegó a ser encarcelado, sino sometido a arresto domiciliario, y se le denegó la posibilidad de obtener una pensión militar. La salud de Casado empezó a resentirse seriamente, al tiempo que se agravaban sus dificultades económicas. Para resolverlas, relanzó las memorias que habían salido publicadas en Londres en 1939, primero, en una serie de artículos que salieron publicados en el diario *Pueblo*, entre el 29 de octubre y el 14 de noviembre de 1967, y, después, en forma de libro a mediados de 1968, meses antes de su muerte, acaecida el 18 de diciembre de dicho año. En el texto no se hacía la menor alusión a sus contactos con la Quinta Columna y los servicios secretos franquistas en los meses anteriores a su golpe. El libro de Casado pretendía demostrar más aún que en la versión inglesa anterior, que Negrín era un “títere de Moscú”.

Comentando el golpe de Casado y las trágicas consecuencias de su acción, Negrín lamentaba con tristeza que, debido a Casado, el final de la República se produjera en las condiciones de catástrofe y de vergüenza” en que se había producido. Negrín no era el único que creía que resistir era posible. Las cosas podían haber sucedido de otra manera si el golpe de Casado no las hubiera frustrado. El libro de Preston termina dando cuenta de la llegada al puerto mexicano de Veracruz del *Sinaia*, cargado de exiliados españoles republicanos, y de la enorme pancarta en un costado del barco, que rezaba: “*Negrín tenía razón*”. En efecto, el final de la guerra demostró al mundo que la política de resistir de Negrín era la única posible.

El libro de Preston aclara no solo muchos puntos oscuros y despeja muchos interrogantes sobre los trágicos episodios que jalonaron el final de la guerra, sino que también explica muchas cosas que, si no, podrían resultarnos incomprensibles, entre otras, por qué después de 76 años de los hechos narrados y 39 de la instauración de la democracia en España, sigue habiendo en este país tanto anticomunismo visceral. Está en el ambiente, lo percibimos en los medios de comunicación, en el discurso político, no solo de la derecha, y hasta en el hombre de la calle. Quizá la clave está en el libro de Preston.

**Etiquetas:** [Editorial Debate](#), [El final de la guerra](#), [Franquismo](#), [libros](#), [Paul Preston](#)

#### Sin Comentarios

Si quieres, escribe un comentario



### Deja un comentario

Tu dirección de correo electrónico no será publicada. Los campos necesarios están marcados \*

Nombre \*

Correo electrónico \*

Web



Código CAPTCHA\*

Comentario

Los comentarios están sujetos a moderación ([ver net etiquetas](#)).

Puedes usar las siguientes etiquetas y atributos HTML: `<a href="" title="">` `<abbr title="">` `<acronym title="">` `<b>` `<blockquote cite="">` `<cite>` `<code>` `<del datetime="">` `<em>` `<i>` `<q cite="">` `<s>` `<strike>` `<strong>`

☐ Recibir un correo cuando se realiza un nuevo comentario

**A NEW WAY TO TRADE COMMODITIES**

- Spot Gold from 0.4 points
- Crude Oil from 3 points
- Continuous charting

[Find out more](#)

CFD losses can exceed deposits



Crónica Popular por [Crónica Popular](#) se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 3.0 Unported](#).  
Basada en una obra en [www.cronicapopular.es](http://www.cronicapopular.es).

**Crónica  
Popular**

Editado por [Renovación Editorial SL](#).  
Calle Los Mancebos, 6 5ºA. 28005 Madrid  
[info@cronicapopular.es](mailto:info@cronicapopular.es)